

Encuentro con Ziruma, la palabrera

Por Josué Alberto Correa Valbuena

Ese día, un ciclón rondaba las costas del mar Caribe. El viento revolcó la arena en remolinos. De encimera se sumó una fuerte lluvia horizontal. Llevado por el viento y la lluvia, resulté en una planicie donde los lagartos y los alacranes corrían a refugiarse entre piedras oxidadas. Grité y me contestó el graznido de un cuervo. Sentí pasar una bandada de golondrinas. Recordé que, cuando llegó el coletazo de la tormenta, mis acompañantes no habían comenzado aún la travesía por las dunas.

Cuando traté de levantarme, vi todo nublado. La bruma olía a desesperanza. Lloré lágrimas de arena. En cuatro patas subí a un cerro con la intención de observar a lo lejos. Solo vi cactus, halcones y una iguana asustada. Corrí loma abajo hacia una planicie, con la esperanza de conseguir ayuda de alguien que viviera en esas lejanías. Caminé horas por entre bosques espinosos. El sol fue achicharrando las hojas, las tripas me crujían y la garganta clamaba por una gotica de agua. Llegué a un sitio donde el reverberar del sol hacía ver los árboles temblorosos y difuminados. Lo primero que percibí fue el silencio. Intenté romperlo, la voz no respondió. En un pequeño bosque encontré una hamaca abandonada, en ella caí rendido. Me sirvió de albergue. Toda la noche, los rostros sonrientes de mi esposa, mi hija quinceañera, una pareja de profes, el guía y un joven biólogo asilado en Estados Unidos, que trajo a su hijo adolescente a que conociera sus ancestros, estuvieron presentes tal cual la última vez que los vi antes de irme como voluntario a explorar las dunas de Taroa, en la parte más septentrional de Sudamérica. Al amanecer, vi una lechuza, (mi abuela decía que eran aves mensajeras de presagios). Me llegó el pálpito de que mis

acompañantes estaban a salvo.

Con el saludo del sol sentí ladrar perros. Intenté levantarme, no pude. Al ratico, un tropel pasó por mi lado. Era una manada de chivos, tal vez buscaban agua o refugio en las sombras. Por entre la polvareda que levantaron vi venir un bulto. Me limpié los ojos. ¿Será una duenda?, ¿o serán visiones por las primeras resolanas del día? —me pregunté—. La imagen del bulto se fue acercando con pasos lentos. Se detuvo frente mí. Era una mujer de unos 35 años. Tenía una mirada fija. Su rostro con dibujos en forma de espiral me hizo recordar las dunas con huellas de remolinos. Su cuerpo mediano y delgado lo cubría una manta que armonizaba con las flores de cactus. La manta caía hasta sus alpargatas, o guaireñas, como le dicen en esa península. Un collar de semillas se escondía por entre su mesurado escote. De su hombro izquierdo colgaba una mochila de vivos colores. Sobre su cabeza lucía un sombrero de paja con un letrero: Wayú. En su mano derecha, llevaba un bastón con otro letrero: Pütchijú. Con un lenguaje solemne, después me explicó los significados: ‘hijos de la tierra’ y ‘búsqueda de armonía a través de la palabra’, según ella, arte que aprendieron de los pájaros para resolver conflictos con cautela y lucidez.

—Tranquilo, sus compañeros están bien —me dijo.

No supe cómo lo supo. Tampoco pude hablar. De su mochila sacó un pequeño calabazo y me brindó un sorbito de chirrinchi. Dijo que era bueno para calmar los dolores y espantar los malos espíritus. Le hice caso, el tal chirrinchi entró por mi garganta como arena caliente. Me explicó que estuve de buena suerte, porque la Majayura no se percató de que andaba perdido. Que ella es un espíritu que se presenta como princesa hermosa y se lleva a los hombres a una cueva donde los tiene como esclavos.

—¿Y usted no es ella? —se me ocurrió preguntar.

Sonrió.

—Ya está volviendo en sí. ¡Otro chirrinchi! —dijo y volvió a sonreír.

Me tomé otro, pero seguí con la duda de si ella era la tal Majayura que quería emborracharme y llevarme.

—Si desconfía puede irse, le enseñaré a guiarse por el canto de los pájaros y el vuelo de las libélulas. Aquí los caminos son invisibles. Las huellas las borra el viento. Si se resuelve le indicaré dónde tenemos a los otros alijunas que venían con usted. Están escondidos, porque rondan alijunas de malas intenciones buscando niñas jimayas.

—¿Niñas qué?

—Jimayas son las que están aprendiendo el camino de niña a mujer.

—Disculpe, ¿qué aprenden? —pregunté. Por sus gestos me pareció que fui imprudente.

—Mmmm, consejerías sobre cocina, sanaciones, tejedurías y otros quehaceres del hogar. Lo hacen con las abuelas. Dicen que es el rito de las doce lunas para un buen caminar por la vida.

Se sentó en el suelo, colocó su oído contra un árbol, de inmediato se levantó y estiró su cuerpo como hacen las garzas cuando hay señales de peligro. Su voz apacible, sus manos de tierra y sus ojos oscuros me hablaron al tiempo:

—Quédese en la hamaca muy quieto. Si lo descubren no hable. Yo digo que es un gringo que viene a buscar curación para una enfermedad contagiosa.

Colocó ramas sobre la hamaca y se fue. Me quedé como una momia. El tropel que llegó esta vez era de hombres armados. La mujer, que apareció de la tierra, se fue alejando sin voltear a mirar. Desplegaba los brazos. Parecía una corocora queriendo volar. Los del tropel la alcanzaron, la encañonaron, le gritaron que no se hiciera la loca. Les respondió que batía sus alas para espantar el calor. Cuando le preguntaron por las jimayas, les dijo que se habían ido a la Sierra Nevada; de una cachetada la tumbaron, le advirtieron que si era mentira vendrían por ella.

—Me llevarán de rastra —les contestó.

No discutieron más, tal vez iban de afán. Ella entró al bosque y al rato volvió con la cámara que se me había perdido, me mostró fotos de mis alijunas, como nos

llamaba. Estaban acostados dentro de un matorral y tapados con hojarasca. Intenté gritar, ¿están vivos! Colocó su mano en mi boca y me dijo al oído:

—Más tarde vamos a la hojarasca. Según los sueños, ustedes son alijunas de confiar. A los otros los llamamos Uchi (pájaros de mal agüero).

De su mochila me brindó arepas con chicha cerrera. Los pájaros de mal agüero no se me borraban. Con dificultad pude sentarme.

—Para esas dolencias tengo sanación —dijo y fue a un árbol, escarbó y apareció una múcura, quitó la tapa de tusas y con una totuma sacó un líquido verdoso.

Me hizo tomar la mitad, con el resto me frotó. Al rato pude levantarme. Cuando le pregunté por el remedio, sonriendo me mostró la múcura. En el fondo, entre yerbas estaba una serpiente gris de cola amarilla. Me explicó que esos animales se relacionan con el espíritu de los muertos.

—Ya me siento mejor —le dije a la curandera, princesa, bruja, maga, chamana, historiadora... no supe cómo definirla. A lo mejor de todo tenía.

—Entonces vámonos. Según los sueños debemos trastearnos lo más pronto.

—¿Los sueños?

—Sí, nuestras creencias y saberes llegan con los sueños. Vienen de los abuelos.

—¿Y a dónde vamos?

—Ya veremos. Sígueme —dijo y salió caminando en zigzag por entre los arbustos. Me los iba enseñando—: este es el cactus cardón; aquellos, el trupillo y la pringamoza; los otros, el puy, el cañahuate y el dividivi. Quizá por la sonoridad de los nombres me pareció que los estaba cantando. Al llegar a un sitio de troncos quemados y pisos de ceniza, se agachó y cerró los ojos. Otra vez, en mi mente, los del mal agüero.

—Esto fue lo que quedó de mi ranchería —dijo y suspiró.

—¿Qué pasó? —pregunté. Por mi mente rondaron miles de imágenes, desde dioses hasta fantasmas.

—Pasó, que una tarde, mi sobrina de 13 años tiró arena a los ojos al jefe de los Uchi y se le escapó por entre el chiribital. Las balas no la alcanzaron. Corrió

durante tres días hasta cruzar la frontera con Venezuela. Por esa afrenta se desquitaron con la familia. Ahí murieron mis padres. Eran Taitas palabreros.

—¿Cómo te salvaste?

—Estaba en otra ranchería recogiendo muertos, las mujeres nos encargamos de los entierros. Hacemos dos: el del cuerpo y años después el del espíritu. De aquí fuimos varias, cuando llegamos, el sitio era otro desierto. De la líder Uriana solo encontramos un brazo, de Wayrana, la matrona más antigua, la cabeza colgada en su hamaca. Aquí volví a recorrer mis pasos, a rescatar los vivos y a despedir los muertos.

Con esa historia quedé mudo. Nos fuimos metiendo por una especie de zanjón que serpenteaba por entre los espinos. Sin voltear a mirar, mi guía dijo que así pueden quedar los lechos de los ríos que se quieren trastear. Al llegar a un bosque más tupido se detuvo, luego de un rato de silencio silbó imitando las mirlas. Como un embrujo salieron niños y niñas de entre la hojarasca. La abrazaban, reían y corrían a su alrededor. Les dio dulces e instrucciones en su idioma. Se vistieron con ramas y se distribuyeron en el entorno. Con ella seguimos caminando agachados por entre libélulas azules y mariposas amarillas.

—Son de buena suerte —dijo.

—Lo mismo dice García Márquez —le expresé.

—Él aprendió de nosotros y se convirtió en “palabrero mayor” —me contestó. Más adelante gateamos por debajo de un bosque, las ramas llegaban hasta el piso. Limpiamos la hojarasca y entramos a una cueva por una escalera de varas amarradas con bejucos. Mientras imaginaba cómo sería el hábitat de la Majayura, sorprendidos abrazos llenos de sudor y optimismo llegaron a mi encuentro. Eran mis acompañantes de viaje, algunos habían perdido la esperanza de volvernos a ver. A la luz de una vela, con carne seca, arepas, chirrinchi y tinto hicimos tremenda celebración. Mientras llorábamos y reíamos, el hijo del biólogo miraba distraídamente una araña que estaba tejiendo su nido. Se le acercó.

—No la mate —dijo la que nos había reunido.

El niño no le respondió, se quedó sembrado mirándola. De castellano solo sabía la palabra “gracias”.

—No la matará —dijo el biólogo. Le habló al niño en japonés, este sonrió.

—Mi abuela decía que las arañas son sagradas, que nacieron de una princesa que se le apareció a un joven cazador, se amigaron y ella le contó un secreto. Se enamoraron, pero espíritus del mal emborracharon al joven y le robaron el secreto, cuando el joven fue a pedirle perdón, ella se convirtió en araña.

—¿Y cuál era el secreto? —preguntó mi hija.

—El arte de tejer. Desde entonces el espíritu de la tejendera nos acompaña. Aquí todo lo hilvanamos y lo tejemos; desde las cercas hasta los sueños.

La que nos iba llenando de interrogantes se asomó a la entrada, nos indicó que saliéramos con cuidado y en silencio. Un arrebol que se estaba despidiendo hacía ver más nítidos los rostros canela de los niños que se asomaban por entre las ramas. Caminamos hasta llegar a un laguito al que llamó Jagüey. Era diminuto, pero cabía la noche estrellada y una luna blanca que con el pequeño oleaje parecía sonreír.

Cuando el biólogo le explicaba a su hijo lo que es un jagüey, intervino la que no perdía ocasión para contar historias de su entorno:

—Explícale también que a los jagüeyes y a las playas les está cayendo un polvo negro que el viento le roba a un demonio que sobre hierros pasa haciendo ruido hacia el mar, es un demonio que lleva a los barcos piedras de fuego que sacan del corazón de nuestra tierra. Cuéntele que, para mover los carros, de aquí sacan combustible, mientras nosotros continuamos viajando en burros, como les tocará esta noche si logran salvarse, como espero. Cuando en sus cómodas casas estén saboreando comidas, posiblemente preparadas con nuestra sal de Manaure, acuérdense de que por debajo de este suelo corre un gas que llega a sus estufas, mientras aquí seguimos cocinando con leña.

—Ya llegamos con su encargo —interrumpió una pareja de jóvenes que apareció

con tres burros.

—De aquí en adelante ellos los guiarán. Escuchen sus recomendaciones. Por ahora recojan suficiente agua y tengan presente: en este territorio, para ir lejos hay que andar despacio y en silencio.

—¿Y sumercé? —pregunté intrigado.

—¿Yo?, seguiré el camino de la espiral.

—¿De la espiral? —preguntó mi hija.

—Sí, aquí hemos convivido con sentimientos extremos. La muerte nos acecha a diario en nuestra lucha por la vida que es un camino en espiral. La espiral es nuestro símbolo. Representa la unión del pasado, el presente y el futuro. La espiral la caminamos, la pintamos, la tejemos, la bailamos.

Mi esposa le preguntó por su nombre. Dijo llamarse Ziruma. En el abrazo de despedida, le pregunté a Ziruma por qué había contado lo que había contado. Esta contestó:

—Es posible que no nos volvamos a encontrar. Quiero que lo que han oído, sentido, visto y escuchado, lo den a conocer, ojalá tal cual, con trazos y señas. Quiero que el mundo sepa que aquí seguiremos venciendo la guerra con nuestra única arma: ¡la palabra!